Mi Ceuta

Joaquín Guzmán Marín

Mi Ceuta

Joaquín Guzmán Marín

avant
editorial

Primera edición, abril de 2023
© Joaquín Guzmán Marín, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Ilustraciones
Javier Pedrajas del Molino.
Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-21-2
IBIC: BM

Para Carmen, mi amor, mi mujer, mi amiga, mi compañera, mi censora, mi consejera, mi conciencia, mi colaboradora siempre, mi …

ILUSTRACIONES

Agradezco mucho el esfuerzo realizado por mi amigo Javier para ilustrar estas historias. Le di poco tiempo y le pedí que tratara de situarse en la cabeza de un niño de ocho o diez años. Con esas premisas ha conseguido plasmar las imágenes que conservo de aquellos años. Me gustaría destacar que todas las imágenes son tridimensionales y hechas con alambre, por lo que dan la posibilidad de ser fotografiadas desde distintos ángulos y posiciones.

PRÓLOGO

Hace poco he leído dos libros que se titulan: *Volver a dónde* de Antonio Muñoz Molina y el segundo llamado *Llévame a casa* de Jesús Carrasco.

En el primero de ellos observé que el autor escribía sobre el mundo de su infancia, que vivió en Úbeda, su tierra natal. Entonces me di cuenta que precisamente eso es lo que yo llevaba haciendo durante los últimos meses, escribir de mi infancia perdida y recordar hechos y acontecimientos que viví. No sé realmente cuánto fue así, como lo recuerdo, y cuánto es pura fantasía construida con la prudencia y el miedo a herir de alguna forma a la familia de los protagonistas de estas historias, ya sea la de otras personas o la mía. Lo cierto es que él, como yo, miraba con nostalgia aquel tiempo auténtico, duro, sobrio que le tocó vivir. Sin embargo, aunque eran los mismos años, los entornos fueron muy distintos. La vida infantil de Muñoz Molina transcurrió en una Andalucía de interior, campesina, europea y con un escenario renacentista. Mi infancia sucedió en la costa entre

militares, moros, pescadores y pobres en un escenario africano y orientalista.

En el segundo libro, Jesús Carrasco me hizo ver cómo la emigración de nuestros jóvenes no casa con las responsabilidades de cuidar a sus mayores, pero también me dio esperanzas de que a veces los lugares que nos son queridos, aunque hayan cambiado, pueden mantener la esencia de lo que fueron. Puede uno volver y no quedar nada de nuestra Ítaca feliz, pero un olor, una flor, una luz, un sabor, una persona nos puede llevar de nuevo a casa. No a la actual, sino a la que fue y será siempre nuestra casa, no a Ceuta o Úbeda ni tampoco al pueblo de la provincia de Toledo donde transcurre esta historia; sino al corazón de cada uno, la verdadera patria inmortal.

En esos libros se da uno cuenta que ya no existe esa casa y menos se puede volver a ella. Incluso viviendo aquí, en Ceuta, apenas ando por nuestro barrio. Pero ya no es nuestro barrio, las casas siguen ahí, aunque no son las mismas; pero lo realmente importante es que ya no están las personas que queríamos, que añorábamos, se fueron para siempre y solo viven en nuestros recuerdos y sentimientos.

Sí, tuviste tu casa aquí en Ceuta y te marchaste, no importan los motivos. La mayoría de las veces solo hiciste lo que hacen los hijos, es decir, seguir a sus padres. Otros muchos se marcharon ya mayorcitos, para encontrar un trabajo digno y vivir su vida. Yo también lo hice, pero tuve la *suerte* de volver pronto.

Para todos los seres humanos los años de la infancia son muy importantes, para los que vivimos esa etapa en Ceuta durante los años cincuenta y sesenta también. En esos tiempos había muchas estrecheces y dificultades que nuestra infancia hizo que las viéramos con gran indulgencia como algo merecedor de

nostalgia. Por otra parte, nuestra ciudad era especial, constituida por un mundo que se extinguía debido a que la mezcla de militares, personas muy humildes y musulmanes le confería de una atmósfera algo mágica o, al menos, eso me parecía a mí.

Este libro que tienes en tus manos nunca quiso ser. Solo quise escribir cuando tenía veinte años y quería ser escritor, pero viendo las paparruchas que me salían, me vacuné y solo escribí en aquellas cosas que me obligaba mi vida laboral de profesor.

Pero una vez jubilado y motivado por algunos amigos, hace algo más de un año empecé a dar rienda suelta a mi cabeza y fueron surgiendo historias nítidas de mis tiempos infantiles que fui subiendo a mi página de Facebook. Estas historias poco a poco han ido convenciendo a mi editor —jaleado por algunos amigos bienintencionados pero peligrosos— a que publicase estas torpes historias que «viví» cuando niño.

Una vez convencido de que el libro no sería fruto de mi vanidad y que pudiera merecer la pena a otras personas (sobre todo de mi edad, barrio y ciudad) decidí tirar para adelante sin que me importase entrar en el amplio conjunto del noventa y dos por ciento de publicaciones que no alcanzan más de los cincuenta libros vendidos.

Si tuviste que marcharte y después de toda una vida lejos de Ceuta me preguntases qué sentirás si vuelves, yo te diría: «Cuando te vayas acercando viendo hacerse cada vez más grande la bocana y la ciudad, estarás nervioso, alegre y luego vivirás tu mundo de recuerdos por cada rincón que pases y serás feliz sabiendo que has cumplido tu sueño de volver, por última vez, a aquel sitio en el que fuiste feliz. Y recordarás a tus "viejos", a aquella vida dura que tuvieron, al amor que te dieron, a los

amigos y enemigos de la infancia, a los personajes que ya hace mucho que se fueron».

Pero tu Ceuta ya no es lo que era. Todo el mar que había en el paseo de la Marina y en el de las Palmeras ya no existe, han hecho carreteras y otras cosas y ya no podemos pasear viendo y oliendo la mar. El puerto está todo cerrado, como la mayoría de ellos hoy en día, igual que en Dover o en Paso de Calais, aunque nosotros somos un pueblecillo y no nos acostumbramos. Es lógico que en Algeciras, Barcelona, Londres y Nueva York el paso al puerto esté restringido por el gran volumen de trabajo de carga y descarga que hay, pero en Ceuta no se descarga ya casi nada y menos en el muelle de España, aquel donde siempre íbamos a pelar la pava con la novia y solo nos veían tres lisas y media, una lapa y algún cangrejo.

Solo nos queda para pasear por el lado del mar desde Benítez a Benzú y ya la fábrica de guano hace años que no nos apesta. También nos queda el paseo desde la Curva del Plátano hasta el Tarajal, aunque cada vez va sumando más hormigón, como en todos los lados.

Amigo, cuando vuelvas no busques los patios donde viviste ni las chabolas que los rodeaban, tampoco existen las fábricas de conservas ni la de Cerveza; la frontera con Marruecos es desesperante: te embolsan, te tienen horas esperando, casi nada de lo que veías queda ya más que en las fotos antiguas, pero en el corazón lo llevas contigo.

Lo que vas a leer, si te atreves, quizá no te guste, solo son recuerdos de un niño de barrio, del barrio de la Espiga de Oro de Ceuta.

Yo he tenido la suerte o la desgracia de vivir casi toda mi vida aquí, en nuestro pueblo. No es por darte envidia, pero hoy

—como casi todos los años por septiembre— hace aquí un día de sol y levante flojo, que a la tarde rolará al ponientito que tanto nos gusta.

Quiero agradecer a mi mujer Carmen Muñoz Muñoz que ha sido mi censora ortográfica, lingüística y de sensatez, su apoyo y sus palabras; a mis hijos José Joaquín y Javier Alonso, a mi hija política y mi nieta Ana su respeto, a mis hermanos y amigos, su silencio y paciencia.

Al editor, Ezequiel Teodoro, le agradezco su confianza y su insistencia en doblegar mi voluntad de no querer publicar, además de la gran labor que hace promocionando a tantos ceutíes.

También doy las gracias a Diego Sastre por sus fotos, que me han inspirado mucho, siendo una de ellas, la de mi casa por aquellos tiempos, la portada del libro.

Por último, a Javier Pedrajas del Molino, autor de las ilustraciones, por su colaboración desinteresada y artística. Su precioso y laborioso trabajo añadirá lectores a este libro y me dará méritos que los simples textos no merecen y por ello le estaré siempre agradecido. Por si alguien tiene la tentación de la crítica, les diré que Javier ha tenido que hacer un gran esfuerzo para intentar dar la visión de un niño, tal como le he pedido. ¡Espero, lector, que disfrutes de esta especie de túnel del tiempo!

Ceuta, octubre de 2022.

Joaquín Guzmán Marín.

1.- MI BARRIO MULTICULTURAL

Ceuta y el barrio de la Espiga de Oro, en los años finales de los cincuenta y principios de los sesenta.

No sé cómo era Ceuta porque era un niño, pero mi barrio ya era multicultural.

Todas las mañanas venían de Marruecos personas que nos traían a casa huevos, frutas y verduras. En mi casa eran la Chivani casi siempre o su hijo, un hombretón muy fuerte (a mí me lo parecía), los que nos vendían esas vituallas. Ellos venían del aduar del Biutz, perteneciente a la cabila de Anyera. Los habitantes de esa región fueron siempre belicosos contra los españoles y durante siglos han hostigado a la Ceuta nazarani.

En estos años de los que hablo, se habían sometido a las leyes del protectorado y después a las del comercio transfronterizo.

En el barrio, a principios de los años sesenta se instalaron, procedentes de Larache, una familia. Eran hebreos y tenían un solo hijo (lo conocí como Abraham, pero más tarde sin saber por qué comenzó a llamarse León), era de mi edad y muy listo,

así que enseguida nos hicimos amigos. La primera vez que entré en su casa, con él, se me abrió un mundo nuevo y desconocido.

Antes de entrar (la puerta abría hacia la izquierda) en el marco derecho, vi como León tocó la Mezuzá. Más tarde supe que es un pergamino escrito por un escriba profesional donde pueden verse las plegarias Shemá Israel y Vehayá Shamoa. Este se encuentra dentro de un pequeño objeto metálico, sujeto al marco de la puerta por un tornillo. Qué bonito me pareció que cada miembro de la familia tocase ese objeto al entrar y salir de su casa. Luego, una vez dentro, la casa parecía un museo de antigüedades.



La única estancia que conocí fue la sala de estar (el salón se diría hoy). Era una habitación cuadrada a la que se accedía directamente desde el exterior, no había entradita ni ninguna otra habitación que sirviese de parapeto a la intimidad de la familia; señal de que no estaban muy acostumbrados a visitas. Hecho,

por otra parte, natural debido a su doble condición de familia recién llegada y hebreos pobres, o al menos no tan ricos como los que vivían en Ceuta que desde hacía tiempo que se dedicaban al comercio.

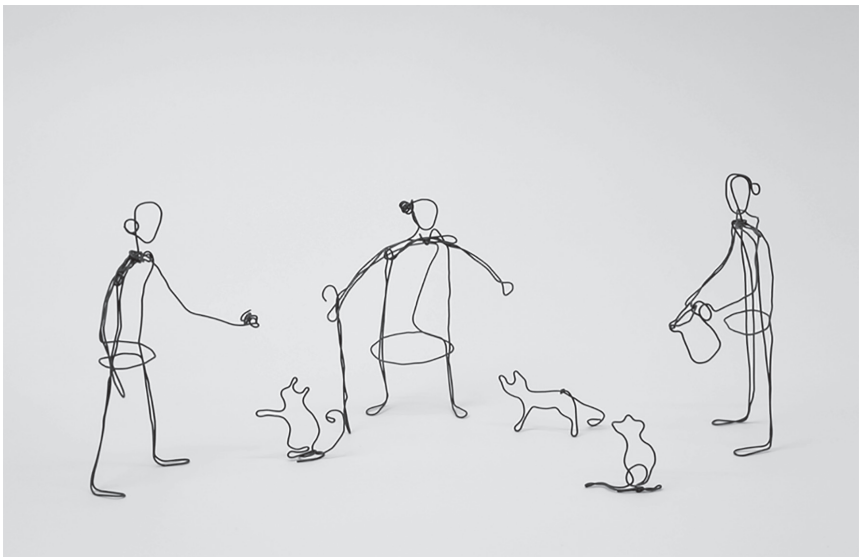
Justo en frente de la puerta de entrada sobre un mueble que a mí me parecía que tuviese siglos de edad, se encontraba la Janucá, que no es otra cosa que un candelabro de nueve brazos con el que se celebra la inauguración o reinauguración del templo de Jerusalén, tras haber sido profanado por los griegos.

En la pared izquierda de la sala, sobre una pequeña mesita podía verse la Menorá, que también es un candelabro, solo que este tiene siete brazos y conmemora los siete arbustos en llamas que dictaron los mandamientos a Moisés en el monte Sinaí. Junto a él había fotos de familiares y antepasados que por sus vestidos parecían musulmanes, al menos me lo parecían a mí. Justo encima de la mesita había unas letras, que entonces creí que eran griegas, pero que luego he sabido que eran hebreas. Creo recordar que eran como el número Pi griego, aunque en realidad era el chai, un símbolo creado con las dos letras del alfabeto hebreo *chet* y *yod*. La combinación de estas dos letras forma la palabra chai, que significa vivo o vivir. A su lado se encontraba una mano de Fátima (Jamsa), pero con un ojo en la palma. Parece que era para evitar el mal de ojo, ya se sabe que tratándose de evitar mala suerte a la casa y a la familia somos capaces de aliarnos hasta con el diablo.

Todas estas cosas junto con varias estrellas de David —una de ellas conteniendo un reloj de pared, los muebles y alfombras tan antiguos— me hacían creer que cuando entraba en aquella casa, en realidad lo que hacía era entrar en otro mundo y así era. Allí con mi amigo hebreo me acostumbré a ver cosas distintas

a las que veía normalmente en casa de otros amigos, tales como escenas de la Santa Cena, la Virgen, crucifijos, etc. Pero también allí, en esa casa distinta, empecé a oír a los Pekenikes (Hilo de Seda) y a los Brincos. Me acuerdo como si fuera hoy que, en aquel salón hebreo de mi amigo, escuché por primera vez *Por un sorbito de champán* y brindé —seguramente— por mi primer amor.

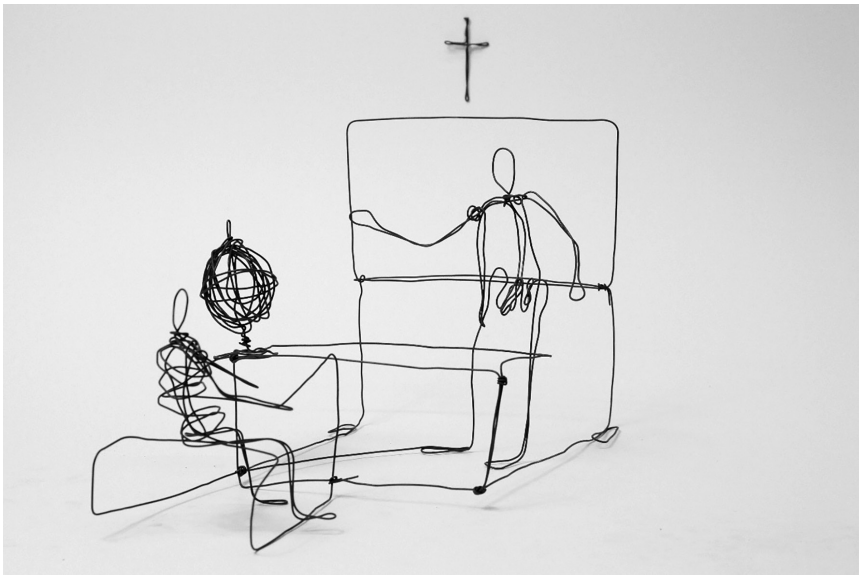
Pero esa no era la única familia hebrea que vivía por el barrio. También era frecuente ver, al igual que en *La vida perra de Juanita Narboni* —la maravillosa novela de Ángel Vázquez—, a una madre ya mayor y sus dos hijas de unos cuarenta años, que nosotros creíamos que estaban locas. Les veo la cara a las tres, las veo agachándose por las esquinas dejando comida de todo tipo a los gatos. Recuerden que era una época de penuria económica y de gran brutalidad con los animales. Pues bien, para esas «locas», el único objetivo de sus vidas parecía ser dar de comer a los gatos callejeros. Ahora, sesenta años más tarde podemos comprender que solo eran unas adelantadas a su tiempo.



2.- LA ESCUELA DEL BARRIO

La escuela de don José Herrera, en la barriada de Bentolila, era una pequeña habitación en la que nos hacinábamos treinta y cinco o cuarenta alumnos, según el día. Tenía una puerta de entrada pequeña que daba a una calle algo empinada, que era nuestro patio del recreo, y un pequeño lavabo que servía para hacer pipí y, a veces, aunque más de las que debería como cuarto de castigo. D. José cobraba su sueldo directamente de lo que había pactado con los padres y, por lo tanto, dependía del éxito que consiguieran sus alumnos aprobando el ingreso en el Instituto. Si no aprobaban, su prestigio se deterioraba y bajaban los ingresos al año siguiente.

Joaquín alternaba las ayudas a su padre en la Panadería con la lectura de los tebeos (*Mortadelo y Filemón*, *Carpanta*, *Rompetechos*, *Hazañas Bélicas*, *El capitán trueno* y *El Jabato*) y algunos libros que había por la casa, en formato infantil, tales como *Ivanhoe*, *Robin Hood*, *La isla del Tesoro*, *Moby Dick* y *El último mohicano*.



En la Escuela, D. José Herrera comenzaba el día cantando y haciendo cantar, a todos, el himno nacional, cuya música es igual al actual pero que tenía la letra compuesta por Pemán. Aquella que decía: «Viva España, alzad los brazos hijos del pueblo español, que vuelva a resurgir…».

Todo el aprendizaje era memorístico y se utilizaba la regleta para aumentar el poco interés en dejar de ser silvestres que teníamos. Igualmente se utilizaban otros tipos de recursos didácticos como «de rodillas con los brazos en cruz», «de cara a la pared» y, en momentos sublimes, «las orejas de burro». Los verbos se aprendían acompasando cada tiempo verbal con su correspondiente golpe de regleta en la mano. De esta forma íbamos progresando día a día en todas aquellas materias necesarias para que aprobásemos el ingreso y poder ser alguien el día de mañana.

Pero no todo fue malo en la escuela de D. José, casi todas las tardes todos a la vez leíamos la *Ilíada*, la *Odisea* o la *Eneida* y cantábamos las tablas de multiplicar o soñábamos con el mar